

tos que hiciera. Morelos no había llegado á condenar á muerte á ningún prisionero español; para eso tenía establecido un presidio en la costa á donde los mandaba á todos esperando que mas tarde podría cangearlos si conseguía imprimir á la guerra un carácter menos salvaje que el que había tenido hasta entonces.

Pero Musitu se encaró al hombre que lo que mas estaba deseando era salvarle la vida, y le dijo con insolencia:

—Acabemos, señor cura Morelos, sé la suerte que me espera, y me parece ocioso que se este perdiendo el tiempo en vanas palabras. Si yo hubiera sido el vencedor no hubiera durado usted ni ninguno de los sayos ni un minuto sin fusilarles. Ahora, que venga sobre mí lo que viniere, ya que tampoco pude escapar me con este disfraz.

Morelos sintió que toda la sangre se le subía al rostro y ya no dijo nada, pero se salió del patio dejando la responsabilidad de lo que pasara á sus subalternos.

Apenas iba trasponiendo el dintel de la puerta que comunicaba con el exterior cuando oyó una descarga.

Musitu acababa de ser fusilado por los soldados mismos sobre el cañon que tenía grabado el nombre de Mata-Morelos.

CAPITULO XII

DE SETIEMBRE Á DICIEMBRE.

Muchos sucesos se verificaron en estos cuatro meses, mientras Calleja con todas las precauciones que le aconsejaba su gran pericia militar, se preparaba á caer sobre la ya dos veces vencedora plaza de Zitacuaro.

Morelos, que preveía ya en su gran penetracion ese acontecimiento, se dió prisa por su parte á arrollar los inmensos obstáculos que tenía que vencer para poderse presentar en el teatro de la lucha oportunamente, sin que fueran bastantes á contener su actividad, ni las enfermedades ni otros mil tropiezos que fatalmente se estuvieron amontonando en su camino, sin omitir nada de lo que pudiera concurrir á la realizacion de su empresa.

A la vez que nombraba comisionados para tomar cuenta á los recaudadores del tesoro, cuidando de que

se hicieran los gastos con método y economía, refrenaba los abusos que habia introducido el desorden de la revolucion con la prodigalidad de los grados militares y saqueos de los bienes de los españoles; impidiendo que se levantaran gefecillos que merodeaban por su propia cuenta, y que continuara la guerra de castas en la que presentia funestas consecuencias; creaba provincias en el terreno que sólidamente iba conquistando para hacer mas fácil su administracion, descubriéndose en todos los documentos que dictó, los más escritos de su mismo puño, sobre todas estas materias, un gran fondo de inteligencia y una rectitud de miras que sus mismos enemigos le reconocieron.

Ya se ocupa, según dice Alaman, de buscar cuevas de salitre para la fabricacion de la pólvora, ya de la construccion de sacos y otros útiles de guerra; ya hace prevenciones para impedir el extravío de armamento, y ya da órdenes para evitar la desercion, previniendo á sus subalternos que no se permita el paso á nadie ni aunque sea de su propia familia, sin el correspondiente pasaporte.

Igual á Felipe II, era muy amante de anotar los documentos que llegaban á sus manos. Así, cuando recibió la proclama de la Regencia de Cádiz del 16 de Febrero de 1810 en que se declaraba á los americanos elevados á la dignidad de hombres, puso al márgen: "Por adulacion dicen los europeos que ya son hombres los americanos."

Deciamos que ni los accidentes mas graves estor-

caban su prodigiosa diligencia. En comunicacion á la Junta de Zitácuaro le decia en marcha para una expedicion importante: "Al efecto de impedir otros males, camino aunque con poca felicidad en la salud, pues á la madrugada de ayer, recibí los sacramentos de resultas de un fuerte cólico, y á las ocho leguas de camista de hoy, hizo una gran maroma conmigo la mula en que venia, que me ha descompuesto una pierna, cuyo accidente sobre el anterior y lo espero de estos caminos, no dejan de retardarme algun tiempo mas del premeditado." A Bravo le decia en carta de esa época: "Todavía me han quedado reliquias del golpe que recibí en Acahuizotla, pues me lastima el trote de la bestia, pero así voy *colando* aunque con trabajos."

En las varias veces en que se atentó contra su vida, como un medio para desembarazarse pronto de un enemigo que amenazaba ser muy peligroso por su actividad y valentia, enviándole personas que lo asesinaran ó le ministraran un tósigo mortal, tuvo avisos muy oportunos, sin que le faltara un chiste gracioso para contestarlos, cuidándose bien poco de averiguar si eran ó no exactos. Bastábale saber que se encontraba entre gentes que lo querian; y, ya colmaba de favores á los que se le designaban como sospechosos convirtiéndoles á su causa, ó ya contestaba, como á los encargados en cierta vez por Calleja para preguntarle sobre un conato de envenenamiento: "que habia visto aquello con la mayor indiferencia, teniendo por remoto que se verificara intento alguno de esa naturaleza por que las personas que le cocinaban le eran muy adictas."

Lo cual demuestra que el grande hombre, fuera de la confianza que depositaba en los suyos, tenía fé en su destino.

Ahora sigamos á los historiadores en el hilo de los principales acontecimientos.

En Chautla dividió el cura Morelos sus fuerzas en tres secciones. La una, de cuatrocientos hombres mandados por Miguel Bravo, en union de Trujano y Avila recibió orden de dirigirse á emprender operaciones sobre Oaxaca, la 2.^a, mandada por el mayor de los Galeana, fué destinada á atacar el punto fortificado de Taxco, para el cual desde Zitácuaro debia tambien destacar la Junta una fuerza mandada por el mariscal Ignacio Martinez que obrara en combinacion. Y la 3.^a columna, formada de una escolta y doscientos hombres recientemente reclutados, marchó para Izúcar llevando á su frente al mismo Morelos.

La primera corrió mal viento, pues que fué detenida por el realista París en Ometepec, sufriendo algunas pérdidas.

La de Morelos encontró en Izúcar poca resistencia que costó la vida á algunos de los vecinos mas acaudalados, sacrificados por el pueblo que victoreaba al libertador.

Morelos habia entrado en Izúcar el día 10 de Diciembre, habia predicado el 12 con motivo de la solemnidad de la vírgen de Guadalupe, protectora de los insurgentes, empleando los días que siguieron hasta el 15 en dar descanso y organización á sus pe-

queñas fuerzas, procurando mas que aumentarlas, llenar bien los claros que iba teniendo. El 16 por la mañana tuvo la noticia de que una division realista que operaba en los llanos de Apam se habia movido con alguna artillería para atacar la plaza que estaba ocupando, y en tal virtud dictó las providencias del caso para prepararse á la defensa.

Volvia del trabajo de reconocer la poblacion y situar las tropas convenientemente, mientras se fijaba en las calles en que habian de levantarse las trincheras, cuando al entrar á su alojamiento se encontró de manos á boca, en la pieza que le servia de despacho, con un curita rechoncho que le estaba esperando.

—¡Ah! dijo despues de saludarlo con el abrazo de costumbre, tengo mucho gusto de ver á vd.

Y luego para sus adentros:

—No tiene mala facha este compañero.

—Acabo de llegar á esta poblacion, dijo el cura obedeciendo á la indicacion del caudillo para sentarse y no quiero perder ni un minuto, sabiendo que mañana tal vez pueda servir de alguna cosa.

—Pues ¿de dónde viene vd? le preguntó Morelos una vez que hubo dejado su sombrero en una silla y acercado otra para sentarse.

—Vengo de los cerros, contestó riéndose el cura, en donde he estado remontado huyendo de los gachupines.

—¡Ah jál ya me dispongo á escuchar el relato.

—Pero, señor cura... Vd. perdone, señor gene-

ral, quise decir, es la hora de comer, la mesa está puesta según me han dicho, y allí podemos hablar.

—Muy buena idea, comerá usted conmigo.

—Yo no digo eso, sino que.....

—Nada, nada: vamos á comer, estoy solo y.... andando.

El cura Morelos entonces tomó familiarmente del brazo á su compañero y lo condujo al comedor que estaba solo efectivamente, pues los demás jefes que lo acompañaban de ordinario andaban en la calle desempeñando comisiones.

Ya instalados y comiendo, hizo así su relación el simpático convidado de Morelos.

—Yo me llamo Mariano Matamoros, soy cura interino de Jantetelco, y ahora sea por algun sermoneito dicho allí explicándoles á mis feligreses la situación, ó porque supieron que me habia hecho de armitas y de algunas relaciones que vinieran á servirme en un caso especial, empezaron las autoridades realistas á verme de reojo, hasta que llegó la orden formal de aprehenderme, que yo burlé como pude saliéndome del pueblo. De esto hace ya unos cuarenta días que he andado á salto de mata, que caigo, que no caigo en poder de mis perseguidores. Pues debo declarar que se me ha perseguido y con algun teson, porque no faltaron gentes que fueran á chismear diciendo que yo era hombre de valer, avisado y quién sabe cuántas cosas más, por lo que se me tenia que considerar como un enemigo peligroso. Mis amigos que son muchos y buenos, no han dejado de favorecer-

me, hasta poder tener el gusto de presentarme al gran capitán, objeto de mi admiración, para decirle: Invicto guerrero: aquí tiene usted á un soldado que quiere ser el último en sus filas, y que mañana mismo desea ser puesto en el lugar de más peligro con un fusil en la mano para defender los derechos de la patria.

Morelos quedó altamente complacido de aquella relación y después de haberse levantado para dar un abrazo al cura Matamoros, le dijo al volver á su asiento:

—Usted no será el último soldado en mis filas, sino de los jefes más útiles y de mayor inteligencia. He adquirido alguna práctica en el conocimiento de los hombres, con los muchos que he tratado en estos últimos meses, y abrigo la seguridad de no equivocarme, diciendo que usted está destinado á distinguirse como bravo militar, ¿Qué se necesita en suma para esto? Estar entendido de que la vida se ha sacrificado de antemano á la patria para no tener ningun apego á ella; manejarse con valor en los combates, pero sin atravancamiento, lo cual consiste en saber conservar la calma y no cegarse por el amor propio; hacer marchas rápidas, para no dar tiempo de rehacerse al enemigo ó sorprenderlo sin dejarlo prepararse para la defensa: he aquí lo único que yo he sabido hacer para alcanzar el prestigio que tengo entre los nuestros.

—Pero con la fé siempre en la justicia de nuestra causa.

—¡Oh! esa fé nunca me ha faltado y por eso dejé mi curato como Hidalgo y como tantos otros curas para venir á empuñar las armas. Creo que es tan justo defender nuestra independencía, que estoy cierto de que se hará aunque nosotros no la veamos. Pero en fin, nosotros abrimos el camino y otros, los hijos de nuestros hermanos, vendrán á disfrutarla.

Ya no se separaron los dos curas en el resto de la tarde, sino que anduvieron juntos preparando las obras de defensa de la poblacion, para las que dió los mas oportunos consejos el cura D. Mariano Matamoros.

Al dia siguiente se avistó la división realista al mando del Teniente de fragata D. Miguel de Soto, compuesta de cuatrocientos cincuenta infantes bien armados y municionados, de algunos regimientos de caballería y de un obús y dos cañones con el competente servicio de artilleros. Despues de los reconocimientos que dieron por resultado observar que la plaza estaba débil, pero que iba á ser reforzada por tropas que venian en camino, se apresuró el ataque, ocupando el teniente de marina D. Pedro Micheo con la artillería, y parte de la fuerza la altura del Calvario que domina la poblacion, mientras que otras columnas atacaban de frente penetrando fácilmente á las calles.

Ya estaban los españoles celebrando que se les hubiera dejado entrar á la poblacion con tan poca resistencia, cuando al llegar á la plaza se encontraron en todas las esquinas unos parapetos bien aspillerados,

hechos bajo la direccion del cura Matamoros, tan bien defendidos por artillería y fusilería que los asaltantes se vieron obligados á refugiarse en las casas inmediatas, desde donde siguieron empeñados en el ataque durante cinco horas, apoyados siempre por su bien manejada artillería. Hubo un momento en que los sitiadores en número de cincuenta lograron salvar los parapetos, que no constituian mas que una fortificación ligera; pero el cura Matamoros con su mirada de águila, observó el peligro desde el atrio de la Iglesia en donde estaba con Morelos, y veloz como el rayo, acudió con veinticinco hombres de reserva y los cortó de tal modo por un flanco, que ninguno de los asaltantes pudo ya regresar á incorporarse con sus compañeros. Entonces Soto fuera de sí de cólera, ordenó el ataque general, pero como todas las azoteas vecinas estaban coronadas por gente armada de piedras y flechas y los españoles peleaban á pecho descubierto, casi todos eran heridos y entre ellos el mismo jefe que recibió dos balazos mortales, uno en la cabeza y otro en el vientre, quedando con el mando en jefe el capitán D. Mariano Ortiz, quien suspendió el ataque disponiendo la retirada. Esta se hizo con grandes dificultades, tanto porque se querian salvar los heridos, la artillería y las banderas, como porque no cesaban las hostilidades de los insurgentes, hasta que la oscuridad de la noche vino á dar tregua á las fatigas de un día entero de combate. Tal tregua fué corta sin embargo, pues á las dos horas fué enuelta

la retaguardia de los realistas, los cuales huyeron en dispersion abandonando su artillería y sesenta y siete prisioneros. Los españoles perdieron en la refriega á sus dos jefes Soto y Ortiz, llegando los restos de la expedición á Puebla el 15 de Diciembre en un estado lastimoso.

Hemos dado cuenta de las hazañas de dos de las columnas en que dividió Morelos el total de su fuerza: ahora vamos á seguir á los hermanos Galeana con la tercera. Esta que tenia que dirigirse á tomar á Tasco, venció á su paso al comandante D. Pedro Quijano en Tepecuacuilco, muriendo el español Manuel Velez y algunos otros del bando realista.

Continuó su marcha la columna y se encontró con que ya habia sido rechazado el Mariscal D. Ignacio Martínez enviado por la Junta de Zitácuaro, tomando seguramente la delantera para apropiarse la gloria del vencimiento.

Llegando la division Galeana se puso un cerco á la poblacion en toda forma, y aunque estaba defendida por buena tropa, mandada por jefes espertos y se tenian muchos pertrechos y víveres, fueron tan vivos los ataques, tan repetidos, que se tuvo al fin que celebrar una especie de capitulacion conforme á la cual quedaban como prisioneros de guerra y salvas las vidas, el jefe de la plaza D. Mariano García Rios con los españoles que lo acompañaban. García Rios habia sido un hombre sanguinario y cruel y pagó despues con la vida todas las iniquidades que habia cometido en aquellos rumbos, cuando Morelos llegó á poner

en paz á los jefes que no andaban allí bien armonizados y á dar por insubsistente la capitulacion que no habian sabido cumplir los vencidos.

Morelos sin poder avanzar á Puebla como era su intencion, porque no estaba aún su retaguardia bien despejada de enemigos, y porque el Mariscal Ignacio Martínez le andaba descompeniendo á su gente, se vió precisado á regresar á Tasco seguido de una simple escolta, pero dejando respetables guarniciones en Izúcar, Cuautla y demas puntos de importancia que habia conquistado con triunfos mas ó menos costosos.

He aquí unas líneas de Alaman que honran mucho á nuestro héroe:

“En esta campaña de dos meses, dice, que terminó con el año, Morelos habia desbaratado todas las fuerzas realistas que se le habian opuesto; habia hecho fusilar á dos de sus principales jefes y otro habia muerto de las heridas que recibió batiéndose; se habia apoderado de todo el pais hasta las cumbres de la Sierra que divide la Tierra Caliente del Sur del Valle de México, y sus avanzadas se estendian á éste, pues aunque entonces no entró en Cuernavaca, lo hizo sin resistencia cuando volvió del Valle de Toluca, habiendo quedado por resultado de estos movimientos en comunicacion con los insurgentes que ocupaban el cerro de Tenango y en disposicion de auxiliarlos”

Y al concluir el mismo capítulo agrega:

“El curso de los sucesos habia formado la reputa-

cion de los dos hombres mas notables en el uno y en el otro partido: Calleja con el ejército del centro habia recorrido en triunfo las provincias del Norte: Morelos, con las tropas que él mismo habia creado, no habia encontrado quien le resistiese en las del Sur, y sus recientes triunfos habian hecho desaparecer toda oposicion conduciéndolo hasta las puertas de la capital. La serie de los acontecimientos los iba llevando á encontrarse y este choque habia de fijar por mucho tiempo la atencion pública considerándolo como decisivo. Con esta grande expectativa iba á comenzar el año de 1812."

Morelos habia llevado consigo á Tasco al cura D. Mariano Matamoros, que todavía no tenia en el Ejército un carácter determinado. Cuando se los presentó á los Galeana y á los Bravo, les dijo con mucho entusiasmo:

— He aquí un compañero que tiene la vista muy clara para las cosas de la guerra. Y luego dirigiéndose á Matamoros:

— Compañero: hemos llegado hasta Diciembre de 1811 con buena fortuna. Espero que la tendremos mejor desde mañana, que comienza 1812 porque tenemos á un capitán como vd. á nuestro lado. ¡Viva Matamoros!— ¡Viva! contestaron los presentes.

CAPITULO XIII.

¡Á ZITÁCUARO!

El Cuartel General de Morelos habia adquirido grande importancia, de suerte que no era raro ver que llegaran á su alojamiento comisionados de diversos rumbos y principalmente de la Junta de Zitácuaro que no se los escaseaba, con particularidad en esa época en que veia avanzando ya á Calleja con un formidable ejército para destruir aquel centro revolucionario, de donde el gobierno del Virey veia salir las mayores hostilidades. Se le urgía para que sin desatender los pueblos conquistados del Sur, ó desatendiéndolos si no era posible conservarlos, se dirigiera con todas las fuerzas que tuviera disponibles, para prestar auxilio á la plaza de Zitácuaro que estaba en vísperas de ser atacada por tropas tres veces superiores en número y disciplina á las que podia oponérseles.